

Materia / **Economía**

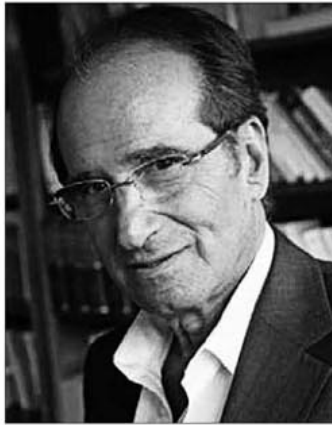
Las palabras para el decir

Según George Orwell en “1984”, la “neolengua” es el único idioma en el cual el vocabulario disminuye. Ese efecto tiene el discurso de la política y la economía hoy. Suprime términos, desvía los sentidos y nos aleja de lo real.

Por **JEAN-PAUL FITOUSSI***

A menudo tenemos la impresión de estar atrapados en un discurso vacío y pobre en información. Esta impresión se ve reforzada por las prácticas de algunos medios de comunicación, sobre todo audiovisuales, que parecen haber pasado insensiblemente de la información a la comunicación y de la comunicación a la propaganda, lo que no sucede sin crear un sentimiento de malestar, dado que esta práctica es ortogonal a la democracia. El mismo discurso es pronunciado por el conjunto de las personas que disponen de una tribuna para hablar, ya sea que les sea facilitada por los medios de comunicación, la política, la universidad o el dinero, es decir, si su influencia es grande. Así nos convertimos en testigos de la creación de una nueva lengua, que nos esforzamos por comprender y hablar, sin darnos cuenta plenamente de que nos impone un pensamiento predigerido, un poco como la neolengua de “1984”.

Esta evolución y la degradación actual de la democracia están vinculadas, la relación que se esta-



blece entre el presunto especialista y el supuesto ignorante es propicia a la manipulación. (...)

Aquellos que nos dan discursos son llamados elites, en una confusión entre el mérito y la posición ocupada. Pienso que la palabra así connotada pertenece a la neolengua. El populismo, su antónimo, no es una característica de los pueblos, sino de quienes les dan discursos, los demagogos.

Ahora bien, la demagogia es una “cualidad” de las mejor repartidas. No es únicamente atributo de los partidos extremistas, sino de un espectro mu-

cho más amplio del campo político. ¿Qué pensar de los que prometen el advenimiento de una sociedad armoniosa, no conflictiva, por efecto de las fuerzas del mercado –que prometen la felicidad mediante la globalización–? (Y no tendré la crueldad de evocar las crisis actuales... por el momento). Entre demagogia y mentira, se llega a la teoría del derrame (el enriquecimiento de los más ricos que se derrama hacia todos los demás), mientras que la riqueza nunca ha sido distribuida de manera tan desigual. En realidad, nada se derrama; la gravitación se hace a la inversa, de lo bajo hacia lo alto. Que aquellos que sostienen

tal tesis no se consideran populistas es parte del asunto, pero que no se los designe como tales no deja de sorprenderme. ¡Hacen relucir la riqueza y el bienestar social en la Tierra, puesto que todo sería compartido!

“No todos morían, pero todos estaban heridos”, dijo Jean de La Fontaine. Hay una gradación de la enfermedad demagógica que va de la etapa más benigna (un exceso de promesas o algunas pequeñas mentiras) a la etapa más grave, que incluye el racismo.

Sin embargo, es posible una interpretación diferente del origen del populismo, que se corresponda mejor con el clima ambiente. El pueblo se apartaría del político y abogaría por un demagogo para que lo gobierne. Entonces, el populismo vendría del pueblo. Esta afirmación es superficial si no se intenta entender por qué el pueblo se aleja de sus elites. Quizá sea porque no cumplen realmente su misión, no resuelven los problemas de la sociedad y, por el contrario, le imponen reformas que también son sacrificios, aunque ellas nunca hayan actuado como hubieran debido hacerlo. Entonces, las poblaciones se vuelven hacia los partidos extremistas, sin creerles demasiado, porque los demagogos sostienen los mismos discursos desde tiempos inmemoriales. ¿Quién provoca el populismo cuando existe? ¿Los que nos gobiernan o los pueblos?

LA NEOLENGUA ALCANZADA POR LOS LAPSUS. Esta lengua, practicada por muchos, si no por todos, como tantos monólogos –porque no busca realmente el cambio–, nos hace perder pie en la realidad que queremos explicar. A veces, sin embargo, la verdad emerge a merced de los lapsus. De este modo, que los desempleados salgan a buscar trabajo significa que la teoría de referencia es la del desempleo voluntario. Lo no dicho es que, si buscaran trabajo, lo encontrarían. Por lo tanto, el desempleo no es un problema, ni el pleno empleo un objetivo. “Esta gente” no quiere trabajar. Los pobres son los primeros artífices de su pobreza. Como ya lo decía Franco Modigliani: el desempleo masivo es el síntoma de un acceso repentino de pereza. La gente es vaga.

A fuerza de repetirse en los discursos y los escritos, este mito es muy resistente. Se convierte en una verdad del lenguaje, pero no de la realidad. Sobre todo porque muchos, para conservar su dignidad, se retiran del mercado del trabajo (los trabajadores desalentados).

Si ya no son desempleados, no serán más estigmatizados. Es un hecho que el lenguaje crea una distorsión de la realidad, ya que, como consecuencia de este proceso, la tasa de desempleo será más baja, al igual que el gasto social. Los vagos que, como dice el pensamiento dominante, se complacen en una pereza indemnizada (aquellos que se benefician de indemnizaciones variadas a causa de la insuficiencia de sus recursos) son sometidos a la misma presión.

Ellos vivirían a expensas de otros. A tal punto que, en Francia, son muchos menos aquellos que reclaman la ayuda que les corresponde que los que tienen derecho a ella.

Es perturbador pensar que el número de desempleados, así como el número de personas que reciben asistencia, pueda reducirse mediante un determinado uso del lenguaje. Una verdadera distorsión de la realidad. Nos dicen que la pobreza “cuesta una locura de dinero”. No se mide el malestar que tal afirmación crea en los pobres, que bien sabemos que quisieran ardientemente no serlo. La estructura de la frase tampoco nos permite entender si, para hacer el costo menos alocado, habría que reducir las ayudas o la pobreza. Y además, ¿cómo reducir esta última? La lengua, les digo, y las ambigüedades que deseamos que vehicule, permiten, según sea necesario, presentarse con la mano en el corazón o sostener un doble lenguaje.

LA BELLA COMPETENCIA. En suma, me parece que, en lugar de dominar el lenguaje, somos dominados por él. Lo mismo puede decirse de la única gramática convincente en economía, la del “Homo economicus” y la teoría en la que se lo inserta. Inventamos un lenguaje basado en una teoría imaginaria (una teoría verdadera mal comprendida), y la utilizamos para torcer la realidad, para

restringir nuestra comprensión al fragmento más improbable de lo real.

Por ejemplo, valoramos la competencia debido a su eficacia y sus ventajas para el consumidor, pero nos cuidamos bien de definir con precisión las condiciones. Sin embargo, son numerosas. Si existe en el mundo un mercado de importancia que realmente sea competitivo, se necesita una lupa para encontrarlo: ¿el lujo? ¿las nuevas tecnologías? ¿los transportes? ¿la distribución? ¿la energía? En su gran mayoría, las formas más comunes de mercado son oligopolios (algunas empresas) o cuasi monopolios (una empresa dominante). Las pequeñas y medianas empresas, más expuestas a la competencia, constituyen la mayor parte del empleo, pero no la mayor parte de la riqueza. ¿Qué relación guardan estas consideraciones con la cuestión del lenguaje?

Y bien, dicen competencia, pero hay que leer renta –un oximoron–. La competencia es bella, la renta es francamente fea. Y sin embargo, domina las preocupaciones de los actores en todos los mercados; es su principal objetivo. El lenguaje, digo yo: la competencia, adornada con todos sus encantos, irriga la competitividad, ¡que es el nombre que le damos a la competencia entre países! También en este plano, si se me permite decirlo, hay hiperpotencias, superpotencias, potencias y ciudadanos normales. La competencia también es un mito.

Pero, decididamente, la neolengua de nuestra época nunca se queda corta en sutilezas. Usted no ha entendido nada de lo que le dicen: los verdaderos

rentistas no son las empresas gigantes, ni las hiperpotencias, sino la gente que pide asistencia abusivamente, buscando escapar así a las duras realidades de la competencia –los ferroviarios, los empleados públicos y, en general, los asalariados en relación de dependencia–. Si solo aceptaran jugar el juego de la competencia, que vimos lo franco y leal que es, la competitividad del país se elevaría, y con ella el empleo y el crecimiento! ¿Por qué esta gente rechaza la reforma estructural, que es el bonito nombre que se le da a la reducción de las protecciones? ¿Y cómo se atreven a reivindicar la perpetuación de su posición de rentistas? Los privilegiados de los privilegiados ¿acaso no son los asalariados en general, y en particular, los ferroviarios, los empleados públicos, los enfermeros, etc.?

Puede parecer que estoy bromeando, pero estoy harto de los trucos de magia lingüística que quieren vendernos gato por liebre: “Si quiere que el país sea más rico, tiene que aceptar empobrecerse individualmente”. (...)

Hoy, la situación es aún más compleja porque se cruzan muchas neolenguas: la de lo políticamente correcto, la de los buenos sentimientos, la de las prioridades, la de los compromisos, etc. Todas ellas van acompañadas de una forma de autocensura, de un cierto miedo a la exclusión. Lo políticamente correcto puede provocar luchas verbales de gran violencia, así como excomuniones.

También se suele utilizar como un medio de presión en favor de una doctrina. Asociado a la neolengua de los buenos sentimientos, se convierte en un método de persuasión, si no de lavado de cerebro.

Es difícil encontrarse en esta nueva lengua, y aún más entender el pensamiento de su interlocutor, o incluso creerlo. Es cierto que el pensamiento es complejo. ¿Y entonces? ¿Habría que dejar de tratar de explicar, y lógicamente excluir del sufragio universal, a los que se decreta que están incapacitados para entender? Esta tentación existe, como lo indica la desconfianza generalizada hacia la democracia que se ha instalado en nuestros países. Ya hemos sucumbido a esta tentación al restablecer de otra manera una ley que había sido rechazada. Quiero hablar del episodio del “no” al referéndum sobre el Tratado Constitucional Europeo. ¿No lo apoyaba el 99% de las elites de tribuna? Incluso hemos avanzado en este ámbito: hay pocas democracias que no sean tentadas por el iliberalismo político. ¿Es una admisión de fracaso? Porque ¿qué haríamos con los presupuestos a la Educación nacional si la población vota contra su interés? ¿O es la toma de consciencia de que solo el poder lleva a la renta, verdadero logro del sistema capitalista?

A veces pienso que no le pasa nada de particular a la lengua. Simplemente se trataría de un fenómeno de usura de las palabras con el tiempo, que produce un fuerte sentimiento de “dêjà-vu”. Después de una

cierta cantidad de años, el efecto de lavado de cerebro de la repetición cumpliría su tarea; el problema vendría entonces con el paso del tiempo. Esta impresión es falsa, porque los tiempos presentes se singularizan por el hecho de que los discursos parecen producidos en cadena y que su variación es solo un decorado. El problema viene de la homogeneidad de los discursos. De este modo, el lenguaje se nos presenta como mucho más pobre de lo que era antes. Mucho menos sincero también. Un lenguaje de hipócritas.

REGLAS DE LENGUAJE Y REGLAS DE GOBIERNO. Pero las reglas que establecimos autorizan tales distorsiones –las reglas de lenguaje y las de gobierno–. Como vimos, las primeras son de dos tipos. Hay reglas compasivas (políticamente correctas), que contribuyen a segregar a la sociedad en más grupos de víctimas. Y están las reglas del segundo tipo, políticamente correctas también, pero más imperativas, que disciplinan el lenguaje para que la crítica de la acción pública pierda su aspereza.

En cuanto a las reglas de gobierno, pseudoinstrumentos de gestión de una economía compleja y de una sociedad exigente, participan del poder de persuasión del lenguaje. Escritas en la lengua de las lenguas, la aritmética, imponen restricciones tanto más terribles porque parecen abstractas.

Nombrarlas ha contribuido a borrar aún más las pistas: pacto de estabilidad y crecimiento, pacto fiscal (“fiscal compact” en inglés), “Two Pack”, “Six Pack”, etc. Estos elementos de lenguaje hacen que las reglas se vuelvan imprecisas y nos impiden recuperar nuestro sentido crítico.

La tragedia para las sociedades es que estas excrecencias del pacto de estabilidad fueron imaginadas durante el peor período de recesión de la posguerra. No puedo creer que hubiéramos cometido semejante error económico si el lenguaje utilizado no hubiera sido propicio para ello y si no nos hubiera convencido de que, en cualquier circunstancia, el déficit es el mal a combatir, y no un instrumento al servicio de un fin. La relación entre reglas de gobierno y reglas de lenguaje es dialéctica; la síntesis se hizo brutal.

Otra desviación del lenguaje iba a permitir “blanquear” esta falta económica: el “No hay alternativa”. Hay que saber resistir al canto de las sirenas que piden poner en práctica planes de recuperación. ¿No lo cree? ¿Una política expansionista en tiempos de recesión? La neolengua ya había realizado un trabajo importante en Europa: las escuelas keynesianas no tenían más cabida. Eran relegadas a la categoría “vintage” y consideradas responsables de la acumulación de deudas que condenarían a la impotencia a los gobiernos de hoy.

Observemos cómo, desde el principio, las políticas que se llevan a cabo efectivamente están exentas del crecimiento de la deuda, lo cual no es posible, excepto que fuera un milagro, y de hecho no lo es. La deriva

Lo políticamente correcto puede provocar luchas verbales de gran violencia, así como excomuniones.

de la deuda pública comenzó en la década de 1980, y creció aún más en la década de 1990, es decir, la época a partir de la que no hubo más lugar para las políticas keynesianas. Imaginar que la doctrina reinante pueda encabezar el tratamiento de la crisis de la Covid-19 forma parte de los escenarios improbables, pero por desgracia posibles. Europa, después de haber cantado con las sirenas del G20 en 2009, ¿acaso no hizo un giro histórico con el pretexto de la crisis de la deuda soberana para infligir a las sociedades una cura de austeridad tan larga que se convirtió en estructural?

LA REGLA Y LA DECISIÓN. Para evitar una tragedia inconcebible frente a la Covid-19, hay que liberarse de la sociedad de reglas artificiales que hemos construido, en gran parte por desconfianza respecto de la democracia. El entramado de reglas de lenguaje y reglas de gobierno que nos condiciona nos lleva a tomar malas decisiones, como lo demuestra el estado actual de Europa.

Al contrario de los "clásicos modernos", los keynesianos siempre han preferido la decisión a la regla. Entre las políticas discrecionales y las reglas de buen gobierno (macroeconómico), siempre se privilegió a las primeras. Esta preferencia por la decisión no tiene nada de arbitrario. Se basa en dos elementos: la economía no es mecánica (no se resume a un ciclo más o menos simétrico o aleatorio en torno a una tendencia a largo plazo), y experimenta fallas y/o golpes imprevisibles que solo puede reparar una acción concebida específicamente para responder a ellos. En otras palabras, por definición, la incertidumbre no se puede reducir por medio de una acción preestablecida. Estos golpes pueden ser internos o externos (si consideramos el mundo como un solo país) —por ejemplo, la crisis financiera y la Covid-19, por tomar solo las ilustraciones más dramáticas—. ¿Cómo es posible pensar que el mercado es capaz de regular de manera óptima tales acontecimientos? Si la escasez de barbijos es una responsabilidad de las instituciones, también traduce una megadeficiencia del mercado.

Pero no hay que perder la cordura. La doctrina keynesiana no invita a deshacerse de "todas" las reglas. Para no caer en el simplismo, hay que distinguir reglas y reglas. Ninguna vida en sociedad sería posible sin reglas escritas (el derecho) o implícitas (la cortesía, la civildad), o sin convenciones sociales e instituciones que definan el largo plazo de la democracia. No queremos que las constituciones sean flexibles a tal punto que ninguna señal nos muestre el camino del futuro, ni que sean rígidas a tal punto que no se nos permita ninguna acción para protegernos en caso de imprevisto.

Por este motivo, la moda de las reformas constitucionales, por lo común, es vana. Es bastante difícil iluminar el porvenir mediante una reforma de la que nadie percibe el verdadero desafío. Solo lo arbitrario

de las reformas en cuanto al equilibrio de poderes puede afectar la vida de la gente, pero rara vez en el buen sentido. Oigo decir que se querría reducir el costo de la política mediante una reforma constitucional, y así contribuir a mejorar la competitividad global de la economía. ¡Qué simbólico es el hecho de poner en oposición la eficacia económica y la democracia! ¡Y qué manera indirecta de expresar su preferencia por otro régimen político! Como si una de las misiones principales de la democracia no fuera asegurar la economía. Esto no es más que una ilusión. Por lo general, el costo de la política es bajo y representa, de hecho y de derecho, el costo del funcionamiento de la democracia.

¿Se desea que la democracia no funcione para ganar algunas milésimas de punto de déficit fiscal? En todas partes buscamos reducir el número de parlamentarios. ¿Por qué, en un pasado donde éramos mucho más pobres, elegimos un número tan elevado?

La desconfianza hacia lo político se alimenta de estas propuestas que, recordémoslo, emanan de los gobiernos. Una constitución, por definición, determina el largo plazo de la democracia. Está hecha para ser aplicada a varias generaciones, con el fin de no forzar a nuestros bisnietos a modificarla constantemente para tomar las decisiones que

Por definición, la incertidumbre no se puede reducir por medio de una acción preestablecida.

les convengan. Es por esto que debe ser breve y solo tratar sobre los valores, los principios, la organización y el equilibrio de los poderes. Desde luego, circunstancias excepcionales pueden exigir reformas, como una guerra o una disfunción duradera que se percibe que es resultado de un defecto de concepción de las instituciones. Pero una cosa es proponer una reforma para mejorar el funcionamiento de la democracia, y otra es proponer medidas para reducir el costo de la política.

En el marco fijado por la constitución, los gobiernos tienen como misión... gobernar, y no comentar ni explicar en neolengua su voluntad de no actuar o su imposibilidad de hacerlo.

Las reglas de las que hablo son las exigencias ideológicas o doctrinales que se imponen a la acción. Las que limitan la libertad más allá de lo que es necesario y llevan a la impotencia de lo político o a la restricción de la libertad de expresión. Tienen un origen común raramente confesado: la aspiración a reducir el peso de lo político y su influencia sobre la economía. De este modo, buscan poner a los gobiernos bajo tutela (al menos parcial), una tutela distinta de la de la soberanía popular. ¡Ah, si los representantes electos se abstuvieran de meterse con la economía ("hands-off policies") y si la gente no hablara de política! Puesto que es imposible cumplir el segundo deseo, hay que enseñarle a la gente a hablar. Lo políticamente correcto en la economía se arraiga en esta voluntad pedagógica.

Cómo robar una lengua. En orden de batallas, la

del lenguaje va primero. Las reglas de gobierno se discuten con la única condición de que no falten las palabras para hacerlo. Ahora bien, esto es precisamente lo que nos está sucediendo: las palabras comienzan a faltar.

Es aquí, dirán algunos, donde se produce el pasaje de la razón a la paranoia. ¡Otra teoría del complot! Nada de eso: hay palabras que abren las puertas de los círculos privilegiados (que aumentan el capital social, las redes útiles), y hay otras que las cierran. Es fácil responderme que siempre fue así, excepto que los sésamos de antaño no tenían la bella homogeneidad de los de hoy.

Entonces, se trata del interés individual de cada uno en hablar la neolengua. Para convencerse, piense en el referéndum sobre la Constitución Europea: a los que habían vencido se los trataba como perdedores porque habían pecado y ellos mismos terminaban por percibirse como una minoría. Peor aún: en época de desconfianza respecto a la democracia, el paso de la razón al narcisismo, en lo esencial, se ha consumado, y es todavía más grave. Lo insostenible es la arrogancia que produce, de la que la aceptación de una construcción surrealista de las desigualdades no es más que un mínimo ejemplo. La neolengua hace posible este pasaje subrayando el papel destacado

de la meritocracia en el capitalismo: la buena fortuna no se debe más que a su mérito, no tiene que ver con las diversas rentas que usted ha acumulado, ni con la suerte. Por ingenuidad o por sobrevaloración de ellas mismas, ¡hay personas que creen merecer mil veces más que otros! En "1984", leemos: "La onceava edición es la definitiva, dijo. Le estamos dando al idioma su forma final, la forma que tendrá cuando nadie hable más que neolengua. Creerás, seguramente, que nuestro principal trabajo consiste en inventar nuevas palabras. Nada de eso. Lo que hacemos es destruir palabras, centenares de palabras cada día. Estamos podando el idioma para dejarlo en los huesos. ¿No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final, acabamos haciendo imposible todo crimen del pensamiento porque no habrá más palabras para expresarlo".

En parte, lo que escribía Orwell era una interpretación de la práctica de las dictaduras y, en particular, de la del Tercer Reich. Una filosofía de la locura. Querer controlar el lenguaje es una cosa –después de todo, es el papel de la gramática–, pero querer controlar el pensamiento a través del lenguaje es una empresa loca de "reificación" de las personas, como se decía en 1968. Y sin embargo, son indisolubles. ¿Por qué? El gran Ray Bradbury describió el proceso en "Fahrenheit 451". Suprimir a largo plazo el pensamiento autónomo es simple. Basta con quemar todos los libros. No obstante, la violencia de semejante empresa genera resistencia, y la forma que tomó es-

ta última ante el auto de fe fue singular. El pequeño grupo de resistentes se organizó confiándole a cada uno la tarea de aprender uno de los libros que había podido escapar al desastre. Pero la memoria es cosa frágil, y el miedo de olvidar hacía que los hombres-libros debieran recitarlos constantemente. Por cierto, no se los llamaba más que por el título del libro del que eran expresión, en el sentido literal del término: veremos nombres como "Madame Bovary", o "Las once mil vergas", o "El fuego fatuo", o "Principia mathematica", etc. La lengua estaba bien muerta, pero lo que quedaba de humano también.

Hay distintas maneras de quemar libros: arrojándolos al fuego o decretando su arcaísmo, o incluso su prohibición. La palabra "keynesiano" adquirió –no sé cómo, pero sé por qué– una connotación peyorativa. Por lo general, se la utiliza en el sentido corriente del diccionario de la neolengua. En este caso, significa

que la mejor política es reactivar la demanda, aumentar los ingresos, independientemente de las circunstancias. Es la doctrina del "hay que aumentar" –la demanda, los ingresos, los déficits... en definitiva, ¡todo!-. En el momento en que fue concebida –en la década de 1930– y en los años en que fue aplicada –en particular, la posguerra–, esta doctrina estaba perfectamente adaptada a la situación (como lo está a la de

hoy). Y era mucho más sofisticada que este resumen peyorativo. Su anclaje histórico, filosófico y político estaba a mil leguas del que rodea las contribuciones técnicas de la actualidad. No importa: una teoría que se congelara en el momento mismo de su concepción (y de las circunstancias particulares de su concepción) estaría destinada a sucumbir. Por ello, la investigación es fundamental. Hace evolucionar la teoría, la adapta siempre más a las evoluciones del mundo. En resumen, la hace un objeto vivo, nunca fijado en un punto del tiempo, nunca codificado en un lenguaje inviolable. (...)

Entonces, decidimos desterrar del vocabulario un cierto número de palabras que se convirtieron en tabúes y lo siguen siendo. No decimos política de demanda, sino distribución del riesgo; no decimos financiamiento monetario del gasto público, sino "quantitative easing" [expansión cuantitativa] o políticas no convencionales. Lo esencial es evitar las palabras prohibidas para hacer desaparecer a la larga las cosas que ellas designan. También es una manera cómoda de olvidar que la teoría neoneoclásica también es una teoría del "hay que"... dejar hacer al mercado. ●

***ECONOMISTA. Profesor del Instituto de Estudios Políticos de París. Integró, con Amartya Sen y Joseph Stiglitz, una comisión que trabajó en indicadores de desarrollo social y económico alternativos al PBI. Su último libro publicado en español es "Cómo nos hablan. La neolengua en nuestra sociedad" (Eduntref).**

El costo de la política es bajo y representa, de hecho, el costo del funcionamiento de la democracia.